

JOSE RIBERA Y SUS AGUAFUERTES

La vida artística del gran pintor José Ribera está cuajada de anécdotas altamente interesantes y diversas, que aportan una serie de valores críticos y aureolan la egregia personalidad de este gran maestro de la pintura española.

Ribera es la concreción de una recia y vigorosa inquietud, con un dominio del color y del Arte que le convierte en un mago de las concepciones estéticas, sabiendo expresar de modo maravilloso la estricta singularidad de sus modelos, arrancados a lo vivo, transpirando calidades y sin velaciones al gozo del espectador.

Dibujo y color son sus poderes en el reino ideal del Arte, que le hacen adueñarse del ámbito captado por su retina prodigiosa, y expresado en desbordante manifestación por su pincel diestro.

Ese es el recio valor de su arte, con un volumen de dignidad continuada en los tres momentos cruciales de su vida, dentro de aquellos característicos contrastes de luz y de sombra, con certera utilización del claroscuro en una magnífica producción de singular perfección técnica.

En sus excepcionales concepciones estéticas se advierte una decisiva influencia no sólo de las calidades del ambiente italiano —allí vivió sus mejores tiempos—, sino de aquellas otras íntimas e imperativas, de augusta raíz ribaltiana, prendidas a sus características temperamentales en sus primeros años; por ello, en la gama preciosa de su variada producción palpita a borbotones una inquietud acorde con su origen levantino y su perfección italiana que atrae con deleitable complacencia.

No pretendemos descubrir ni analizar la colosal obra de este neto valor hispano —su propio «Españoleto» bien nos lo atestigua. Otros autores con mayor autoridad y extensión lo han hecho, abarcando este plausible afán la serie conocida de las diferentes pinturas esparcidas en diversos países—, sino destacar una de sus más brillantes facetas como es la de ser un excelente aguafortista.

Destaquemos, no obstante, que los inquisitivos análisis y revisión de valores determinativos del singular arte de Ribera han encontrado, de reciente, un acuciante interés, no sólo en el ámbito cultural español, sino también en tierras de América, donde con cariño y copiosos datos se han perfilado estudios de enjundiosa aportación. Mas como antes indicamos, merece atención y deleita-

ción fervorosa el análisis de esa dulce calidad del arte de «el Españolito», cuando con firmeza de línea y maravillosa realización practica la bella faceta del aguafuerte.



José Ribera.—San Jerónimo escuchando la llamada apocalíptica (aguafuerte. 1621)

Apresurémonos a destacar que son escasas las obras conocidas que han llegado a nosotros, pero éstas por sí sólo le colocan en el rango preeminente que supo lograr con su realización, paralelo al conseguido con el caudaloso valor realista de sus pinturas. Ribera, afanoso de captaciones de Arte, va desde Já-

tiva, donde nace, a Valencia, en los momentos que Ribalta se ha adueñado con su paleta del amplio ámbito artístico de la ciudad.

Acude a su taller, privilegiado taller, de donde saldrán discípulos que darán espléndida gloria a la pintura española del XVII. Allí gozará de expresar artísticamente sus características temperamentales, y muy pronto asimilar para sí las bellezas de sus atinados dibujos, comprendiendo ese límpido estilo que sabe dar valor humano, realista, a las figuras que tienen a este modo toda la integridad expresiva dentro de la majestad del ropaje, o bien la mórbida crudeza de la carne al desnudo.

Esas precisas condiciones que Ribera sabe tan dignamente inculcar a su inquieta personalidad, le acompañarán siempre. José Ribera es un gran dibujante. Así como con sus pinceles logra las maravillas de sus lienzos en los que campea el dominio de la luz y la gama cromática de su vigoroso colorido, con el buril goza en producir esas eúrítmicas obras de sus aguafuertes en los que juega y recoge todas las calidades, todas las precisas crudezas de la expresión, que se resuelven merced a sus certeros trazos, en gradaciones dulces o crudas, restallantes o de sutil transparencia. Su espíritu voluntarioso, su intrepidez dominante, el levantino realismo que bulle en su interior, halla en los fondos y lejanías, como en las finuras de los escorzos, la grandiosidad de un arte pulcro y aristocrático de exuberante manifestación.

Son varios los aguafuertes que Ribera realizó y que nos han llegado hasta el día. De ese preciado «corpus» mencionaremos algunos que señalan la línea evolutiva de esta brillante modalidad.

Obra de calidades diversas puede considerarse el aguafuerte fechado en 1621 y que lleva por título «San Jerónimo escuchando la llamada apocalíptica».

Su composición es altamente interesante. El santo aparece en el centro de la escena, sentado sobre unas peñas, con medio cuerpo desnudo; tiene por fondo una caverna. En plena meditación para sus escritos le ha sorprendido el ángel apocalíptico, que con su son de trompeta le hace suspender su escritura y levantar asombrado su rostro al cielo donde aparece tan bíblica figura.

Los trazos son seguros, los escorzos acentuados y los pliegues del manto que cubre las piernas de muy vigorosa calidad. La luz, esa luz que Ribera tan ágilmente maneja, baja de lo alto, y ello permite que la figura del santo anacoreta sea integrada en acertadísimo claroscuro. La expresión de místico arrobamiento es lograda cual si hubiera sido trazada por su pincel certero.

Sigue en fecha de realización otra que tiene en su escenificación todo el conjunto de técnica que armoniza la diversidad de personajes: Es el «Martirio de San Bartolomé», fechado en 1624.

El santo, de figura corpulenta, es atado por los brazos a un añoso tronco. Un soldado ha cortado un trozo de piel del brazo izquierdo, y continúa con las manos la terrible desollación, mientras con sus dientes sostiene un cuchillo. En segundo plano se perfilan unos soldados que contemplan la cruenta escena, mientras otro afila una daga. El santo, caído por su propio peso, levanta su rostro contemplando el cielo, advirtiendo en sus facciones la alegría íntima por el próximo triunfo de gloria.

El ropaje y rostro de los soldados está muy acertado. Las carnes ator-

mentadas del santo con su morbidéz intensa, reciben la luminosidad dominante como figura central, acentuándose en su crudeza las huellas del tormento, soportado con el gesto triunfador de los mártires.



José Ribera.—San Pedro, penitente (aguafuerte)

La estampa está dedicada al príncipe Filiberto de Saboya, gobernador de Sicilia y protector decidido de Ribera.

De esta época pueden ser clasificados otros de su privilegiado elenco, como «San Pedro, penitente», copiado por muchos burilistas, en el que demuestra un gran dominio de técnica para resaltar las sombras del ropaje, en contraste con

la luminosidad de la bella lejanía. Es de notar los certeros trazos del rostro del Apóstol y el rayado de las rocas. Siguen a éste otros como «El Poeta» y «El Filósofo», ambos de 1624, y también «El Arcángel San Miguel», que al decir de Mayer fue imitado por Rafael.

Otro aguafuerte que tiene la singularidad atractiva de su magna composición es «Sileno, borracho». Tiene por fecha el 1628 y está dedicado a José Balsano, Barón de Cattasí.

El viejo y ventruado Sileno está caído en el suelo, se apoya en una peña y con su mano izquierda levanta su copa que un fauno llena de vino. Al fondo, un inmenso tonel y otro grupo de sátiros y faunos. Los tipos están admirablemente dibujados y sus expresiones son las adecuadas al estado de embriaguez dominante. La figura de Sileno, gordinflón, caduco, está certeramente contrastada con el vivo momento.

Esta escena fue años más tarde plasmada en un lienzo que pintó para el Museo de Nápoles de fuerte colorido; mas sobre tener ambiente diferente y entonaciones diversas no le aventajó en el dominio de la luz.

El historiador de Arte, Mayer, en su *Historia de la Pintura Española*, supone que una «Piedad» que lleva una inicial R sea un trabajo de juventud de Ribera. «Es interesante —dice—, porque parece que Rembrandt ha conocido este aguafuerte y lo ha aprovechado para su célebre «Piedad», porque está comprobado que Rembrandt poseyó aguafuertes de Ribera.»

Los anteriores aguafuertes, como otros muchos que realizaría Ribera, obedecían a una constante afición a representar escenas de dolor, tipos de bajos fondos, resultado de sus altibajos temperamentales, reflejo fiel de sus estados anímicos. Por ello, en contraste con ellos, cuando Ribera goza de la protección y mecenazgo del Duque de Alba, Marqués de Monterrey, del Almirante de Castilla, sus dibujos se hacen más señoriales, con amplitud de paisaje. El trato con grandes señores sedimenta en su espíritu esa complacencia y voluptuosidad que, desgraciadamente, poco tiempo había de durar.

De aquellas fechas, de 1641, es la gran lámina en la que aparece el retrato ecuestre del joven infante don Juan de Austria.

Sobre un blanco corcel en actitud cabalgante, aparece la arrogante figura del hijo de la Calderona, bastardo de Felipe IV, ataviado con pomposo uniforme que realza la juvenil figura que se ofrece opulenta. Un fondo de la ciudad de Nápoles completa esta estampa, que bien marca una variante de técnica y realización.

La belleza de estas y otras obras de fina traza y acentuado dibujo, reflejo de una inquietud constante, han pasado a segundo campo en la apreciación de la obra artística de Ribera. Dejó, sí, seguidores de su arte y maestría, pero esta faceta fue rebasada por aquella otra de la pintura que es gloria del arte español, cuyo prenotando fue siempre para Ribera orgullo y timbre de amoroso afecto.

Vicente Ferrán Salvador.